

El Hombre Tranquilo

Maurice Walsh

Prólogo de Javier Reverte

Traducción de Susana Carral



Prólogo

Del color del ámbar tenía mi amor el cabello;
El rostro perfecto, no lo había más bello;
Sus delicados labios, como rosas rojas,
Nunca más besarán mi boca.

I

NUALA KIERLEY —entonces aún era Nuala O'Carroll— se había educado al Este, en la frontera de Tipperary, una buena tierra para la cría de caballos. En cuanto dio sus primeros pasos, aprendió a montar a pelo asnos, mulos, ponis y ya en la adolescencia cualquier caballo al que pudiera retener mientras cinchaba la silla. A los diecisiete años era la mejor amazona de Munster, que es como decir del mundo. Así fue como conoció a Martin Kierley.

Nuala era prima lejana de Sean Glynn de Leaccabuie. Él solía decir que estuvo un poco enamorado de ella —como todo el mundo— hasta que conoció a Kierley; y fue entonces cuando Sean se fijó en Joan Hyland.

A Martin Kierley también le gustaban los caballos. Criador, aficionado a la caza del zorro, buen jinete, atractivo como el demonio, alto, moreno, atrevido, bondadoso, simpático, encantador y manirroto: así era Martin Kierley cuando cono-

ció a Nuala O'Carroll, diez años más joven que él. Y pasó lo que tenía que pasar. Ella tenía diecinueve cuando se casaron.

En opinión de todos, formaban la pareja mejor acoplada; eran brillantes, contrastaban y se complementaban el uno al otro: él moreno y alegre, ella rubia y con tendencia a la seriedad. Precisamente ese gesto serio, pensativo, sin llegar a fruncir el ceño, solía derretir los corazones de los hombres. Eran felices —lo fueron durante un tiempo—, se amaron durante mucho tiempo más y el dinero se colaba entre sus dedos como si fuera agua. La vida que llevaban, la única que Martin Kierley podía llevar, pedía dinero, dinero y más dinero, y ellos no tenían tanto. Pronto se quedaron secos. Pero al poco Sean Glynn se fijó en que Martin Kierley volvía a tener mucho dinero. Sean empezó a extrañarse.

Eso ocurrió durante la terrible Guerra de Independencia irlandesa; y en esa época el dinero corría en ambos bandos. Por eso Sean no se extrañó demasiado. Porque la joven pareja estaba muy comprometida con el IRA del Sinn Fein; y en la compañía para la que trabajaban se necesitaba mucho dinero.

Sin embargo, no olvidemos una cosa: Nuala amaba a Kierley, e incluso podría llegar a amar a otro hombre antes de que todo acabase, pero ningún hombre sería nunca capaz de desbancar Irlanda del lugar privilegiado que ocupaba en su corazón. Ella era así. En su interior llevaba ese rasgo extraño y fatalista de la mujer que es Eire. Cuando sólo era una niña de diecisiete años participó en el levantamiento de 1916 y vivió bajo fuego enemigo en Dublín. Y durante la Guerra de Independencia —¡Dios mío!— las cosas que podría hacer. Pero dejemos eso ahora...

En cierto momento, Sean Glynn fue llamado a Dublín. Era uno de los principales agentes de inteligencia del IRA, un hombre frío y audaz; pero cuando intuyó para qué lo habían llamado, conoció el miedo. En Dublín se encontró con un hombre de voluntad férrea —no revelaremos su identidad—, un tipo pequeño, fuerte, de aspecto apacible, con unos ojos azules y amables que podían volverse fríos como el hielo. Y ese hombre habló con Sean Glynn.

—Hay filtraciones, Sean —le dijo—, y el asunto es grave. Nuestros hombres mueren y nuestros planes fracasan, por eso debemos buscar su origen cueste lo que cueste. Ya sé a través de qué cauce se produce la filtración, pero no sé dónde se origina. Tú te ocuparás de averiguarlo, con ayuda.

Se detuvo.

—¿Por qué? —preguntó Sean—. No necesito ayuda, si es posible evitarla.

—¡Escúchame! Cierta agente británica, en una noche concreta, tendrá en su poder un documento durante una hora, y durante esa hora estará muy bien protegido. Al cabo de esa hora el documento estará en manos de un secretario británico en el Castillo de Dublín. Podríamos ocuparnos de ese agente en cualquier momento, sin el documento, claro, pero los británicos tienen muchos otros valientes que lo sustituirían. Debemos hacernos con ese documento antes de que lo lleve al Castillo.

—¿Cómo? —quiso saber Sean.

—Te lo explicaré. Lo hemos investigado. Se llama Hanley, capitán Sir Henry Hanley, y es medio irlandés, exoficial británico, campeón de peso medio de su batallón, valiente y sin un

pelo de tonto. Es un hombre fuerte y, como todos los hombres fuertes, tiene sus debilidades. Podríamos llegar a él utilizando una mujer, pero tiene que ser una mujer especial. Tiene que ser la mejor. ¿Hablarás con tu prima, Nuala Kierley?

—¿Has hablado con su marido? —preguntó Sean.

—No —respondió el hombre sin inmutarse—. Esto es algo de lo que no se puede hablar con un marido.

—Ni con un primo —respondió Sean—. No pienso hacerlo y no hay más que hablar.

Sean no tenía miedo de aquel hombre, pero sentía miedo.

El hombre sabía qué era lo que atemorizaba a Sean, pero ante la causa irlandesa no cedía nunca.

—Imaginé que podrías negarte —dijo—. Hablaremos directamente con Nuala. Está en la otra habitación.

Y eso fue lo que hizo, habló claro y con frialdad de la filtración, las muertes, los fracasos, el riesgo... y el señuelo.

—No lo hagas, Nuala —advirtió Sean—. ¡No lo hagas, niña!

Pero era como hablarle al viento. Tenía que hacerlo. Lo haría por el bien de Irlanda.

—Nadie debe estar al tanto —dijo el hombre—. Nadie, excepto Sean, tú y yo. —Dio un golpe en la mesa—. Nadie más —repitió.

Nuala lo observó durante un largo rato con esa mirada profunda y pensativa; luego sus ágiles hombros se agarrotaron. Ya sabía por qué Sean la había advertido.

—Está bien —dijo por fin, muy tranquila.

Entonces, aquel hombre implacable sonrió mirando a Sean Glynn.

—Cuida mucho de tu prima, Sean —le dijo—. ¡Mucho! Cuídala. Estáis solos. Podéis organizarlo como queráis, pero traedme ese documento.

II

NO FUE DIFÍCIL PLANIFICARLO. Hanley, el agente británico, se alojaba en el Rowton, el viejo Rowton, antes de que se incendiara. Sean Glynn también reservó una habitación allí, en la misma planta pero al otro lado de una curva que describía el pasillo. Nuala Kierley no vivía en el hotel, aunque acudía todas las noches al vestíbulo o al restaurante; era un conocido refugio de la buena sociedad —y de cierta sociedad—. Se vestía para representar su papel, pero no se maquillaba. No necesitaba maquillaje. Solía sentarse a una mesa reservada para ella en un rincón apartado —el cabello brillando con esa palidez del oro claro, más blanco que el oro—, entre tímida y asustada, pero decidida a cumplir. Sean Glynn se sentaba a una mesa medio oculta tras una columna y se maravillaba contemplándola.

Tardó una semana en hacerse con el hombre, pero se lo llevó de calle. Era joven, viril, barbilampiño y elegante, ¿acaso tenía la más mínima oportunidad? La vio —era imposible no verla— y ella lo miró —en sus ojos luchaban el miedo y la decisión de seguir adelante— con esa forma que tenía de mirar a los hombres, pensativa, apenas perpleja, el ceño a medio fruncir y muy seria. Se lo llevó al huerto.

A los tres días ya cenaban juntos. Ella era joven y novata, era la primera vez que conspiraba, pero no dejaba traslucir ni

su miedo ni su valentía. Y él estaba entusiasmado, como si poseer a aquella mujer fuese la sal que condimentase el riesgo mortal que corría. Al cabo de una semana, lo tenía dominado. Y al final de esa semana, el documento llegó a manos de él.

Aquella noche también cenaron juntos; y tres hombres ocuparon una mesa cercana: eran guardias armados. Sean sabía que otros guardias esperaban en el vestíbulo y alrededor de la puerta. Pero Nuala Kierley hizo su trabajo a conciencia. Al final él estaba medio bebido —más que eso—, sin haberse dado cuenta siquiera...

Al cabo de un rato, ella subió a su cuarto. Había tomado una habitación para pasar la noche, o eso fue lo que le dijo a él, pues se trataba de la habitación de Sean Glynn. Hanley la siguió pasados quince minutos.

Sean Glynn esperaba al final del pasillo, oculto bajo un umbral oscuro, y en cuanto el hombre entró en el cuarto de Nuala se acercó despacio a la puerta, con la mano en la culata de un arma automática. Esperó. Podía haber entrado y atacado al hombre, pero ese sería su último recurso. Hanley era temerario y el ruido de una pelea, o de un disparo, podría estropearlo todo. Sean Glynn se limitó a esperar. Dentro se oyó un murmullo de voces, luego tintineo de copas, otra vez murmullo de voces, y después el silencio...

Cuando por fin la puerta se abrió suavemente y el brazo desnudo de Nuala asomó por la rendija, Sean Glynn cogió el sobre que pendía de su mano y se marchó.

El traidor era Martin Kierley.

—¿Lo sabías? —el hombre de voluntad férrea le preguntó a Sean aquella noche.

—Me lo temía.

—También Nuala Kierley. ¿Sabes cuál es el destino de los traidores? Mañana llévate a la esposa contigo a Leaccabuie.

—Puede que no quiera venir.

—Será una orden. En Dublín tiene los días contados. Dí-selo de camino.

Sean se la llevó a Leaccabuie y se lo dijo de camino. No se sorprendió, pero se quedó sin habla. Y desde Leaccabuie se la llevó al lago Aonach, donde la columna ligera del IRA se ocultaba tras la emboscada de Coolbeigh, donde el capitán Archibald MacDonald estaba retenido en calidad de prisionero, y donde la vio durante medio minuto a la luz de un fuego de turba. Nunca la olvidó.

Luego ocurrió algo muy raro. Debió conseguir alertar a su marido de alguna forma, porque huyó de Dublín el mismo día en que iban a ocuparse de él y se fue derecho al lago Aonach, donde estaba Nuala. Hugh Forbes, el gran líder de la guerrilla, se encontraba con Nuala y Sean Glynn en el salón del Hotel del Pescador cuando Kierley entró precipitadamente.

Ya era un hombre acabado, estaba hecho pedazos y no quedaba en él ni pizca de valentía; pero seguía amándola. La amaba sin lugar a dudas. Se arrastró ante ella. Quería que supiera que había aceptado los sobornos británicos —muy elevados— por ella. Nuala también lo quería. Pero allí mismo lo desdeñó: no tendría nada que ver con él, no permitiría que la tocara, jamás perdonaría a un traidor. Al final él lo comprendió. Miró a Hugh Forbes y en su interior se despertó un resto de hombría.

—¡Bueno, Hugh! —dijo bastante seguro—. Sácame de aquí y haz lo que tengas que hacer.

Hugh Forbes se lo llevó a las viejas ruinas del castillo Aonach, en las colinas. Pero Hugh Forbes tenía su propia forma de pensar y se guió por ella.

—Escucha, Sean Glynn —dijo—, no quiero que su sangre caiga sobre tu cabeza o la de ella. Según tú, la tregua está cerca y lo retendré hasta que llegue; luego lo sacaré del país.

Sean le advirtió contra el hombre de voluntad férrea que estaba en Dublín.

—Tu hombre de voluntad férrea puede irse al infierno —respondió Hugh. Y hablaba en serio—. Ahí es donde debe estar —remató Hugh, que no temía a nadie.

Así retuvo a Kierley bajo custodia. Y llegó la tregua. Esa misma noche Kierley escapó, y a la mañana siguiente lo encontraron ahogado en el *Poul Cailin Rua* —el pozo de la Joven Pelirroja—, que es el pozo de los traidores. Y esa semana se vio la aparición de la Joven Pelirroja, o eso dicen. Aquel hombre sabía que de su vida sólo quedaban las cenizas y que había perdido a Nuala para siempre. Siguió la única senda que le quedaba.

Después Nuala Kierley desapareció y ninguno de sus amigos volvió a verla durante siete años.